



EL PRESIDENTE JOHNSON, CON AVERELL HARRIMAN (A LA IZQUIERDA) Y LLEWELYN THOMPSON

LA DIFÍCIL ESCALADA DE LA PAZ

EDUARDO HARO TECGLÉN, desde París

Para informar sobre las conversaciones de paz entre Washington y Hanoi que se desarrollan en París, TRIUNFO ha destacado como enviado especial a su comentarista de política internacional Eduardo Haro Tecglén. A continuación publicamos la primera de las crónicas enviadas por Haro desde la capital francesa.

¡**F**UE aquí, en París, donde un político francés —Clemenceau— dijo una frase que ha resultado un axioma: «Es más difícil terminar una guerra que comenzarla». Se trata ahora de iniciar el proceso de terminación de una guerra. Hay un cierto deseo —en las fuentes americanas— de señalar que hay no una, sino dos guerras. Una, la de Vietnam del Norte y los Estados Unidos; es decir, los bombardeos americanos cuya limitación anunció Johnson —y no se ha realizado más que de una manera relativa— y la participación del Vietnam del Norte en el Sur. La otra guerra sería una guerra civil en el Vietnam del Sur: la de los guerrilleros frente a la junta militar de Saigón. Es una distinción académica y convencional. Sirve apenas para este primer paso, para esto que se llama, con evidente irregularidad lingüística, «preconversaciones». Es decir, para mantener aparte a los delegados del Vietcong y los de la junta de Saigón —que envían un «observador». Hay quien ve más guerras al mismo tiempo: la que está latente en los otros países de la península de Indochina —Laos, Camboya, Tailandia...—, esperando la retirada de los americanos para estallar con toda su fuerza; la guerra casi teológica Occidente-Oriente, o más bien, reduciéndolo a términos reales, Estados Unidos-China, de la que el encuentro del Vietnam no es más que un episodio; finalmente, una guerra política entre la URSS y China para dirigir el comunismo asiático y, de su resultado posible, el del tercer mundo... Es elevar mucho el tema, la cuestión. Es evidente que hacia el futuro, el problema esencial es el de la estabilidad de Asia y su posición en el mundo, y que esa sombra lejana debe pesar en las conversaciones preliminares que están aquí a punto de comenzar. Pero, ¡pesan tantas cosas al mismo tiempo! Las elecciones de los Estados Unidos, la actual ofensiva vietcong en Saigón —que viene a significar esto: «Si no tenemos voz en la conferencia de París, tenemos voto en la situación militar», las salidas que tenga la junta militar —por el momento, está encarelando neutralistas y miembros de la oposición no comunista; también quieren significar que existen y que cuentan—, el peso de la opinión mundial...

Por el momento, se trata de poner un anticoagulante a la situación. Limitar la hemorragia. El hecho de que la delegación americana esté repleta de especialistas en asuntos asiáticos —los jóvenes cerebros del Departamento de Estado, que sustituyen a los «old China hands» de la vieja política colonial— indica que hay una cierta previsión de futuro en lo que se vaya a tratar aquí. Es una delegación impresionante. Ocupa ochenta habitaciones en el hotel Crillon: un hotel de millonarios, en la plaza de la Concordia —buen nombre predestinado para la busca de una paz— que se dice que ha sido elegido no por su riqueza y su lujo ostentosos, sino por su proximidad a la Embajada americana. Todo ello está ahora guardado por impre-

sionantes fuerzas de Policía francesa. La delegación la dirige Averell Harriman, multimillonario y viejo experto en política internacional, que dice frecuentemente a sus amigos: «No estoy hecho para la política: no estoy hecho para las intrigas» (pero sus amigos, desde luego, no se lo han creído jamás). Le acompaña, como segundo, Llewellyn Thompson, cuya vida diplomática se ha desarrollado en torno a la URSS. Como Averell Harriman, ha sido embajador en Moscú —lo ha sido tres veces— y es uno de los creadores de la coexistencia pacífica. El hecho de que los dos dirigentes de la delegación americana sean especialistas en asuntos soviéticos —Thompson habla el ruso correctamente y fue amigo personal de Krushev— hace pensar a los suspicaces —que muchas veces tienen razón— que los Estados Unidos piensan contar mucho con la URSS en esta negociación. Algo de esto quedó dicho en el número anterior de TRIUNFO («Asia: cambio de piel»). Pero no es seguro, en esta víspera de la reunión, que sea Thompson el segundo de esta delegación: puede serlo el joven Cyrus Vance, que superaría un contrapeso al digamos liberalismo de estos intelectuales abiertos que parecen ser Harriman y Thompson: Vance figura en la lista de los «halcones», de los leales a la política de Rusk y Johnson. Lo único que pasa es que en estos momentos no se sabe cuál es la política de Rusk y de Johnson.

En principio, parece ser la de la prisa. Los pesimismo lógico que se erizan en torno a esta primera entrevista, basados en la dificultad inmensa de los problemas a resolver, tienen su contrapartida en la prisa que parece tener Johnson, emplazado por las fechas fijas de las elecciones —y la más próxima aún de las convenciones de los dos partidos— para obtener algo sólido. No son sólo las elecciones: es la situación general de los Estados Unidos, la situación económica y moral, su proyección en el mundo, lo que les obliga a actuar con urgencia. Es la misma situación militar en el Vietnam, donde la iniciativa se les ha ido de las manos, parece que definitivamente, la que les presiona. Inversamente, el Vietnam no parece que deba tener prisa. El tiempo le ayuda. En los años transcurridos desde que se inició el movimiento de guerrillas, incipiente y aparentemente débil, hasta esta fecha de hoy, los vietnamitas han ido acrecentándose de tal forma que han llegado a esta situación de hoy en la que pueden hablar no ya de igual a igual, sino casi con superioridad, al país más poderoso del mundo. Le han forzado a aceptar una negociación que, en muchos términos, aparece ya como una capitulación. La misma aceptación de París como lugar de las reuniones es ya, en sí, una concesión americana. Sólo un deliberado olvido de que Francia es hoy el país más antiamericano del mundo occidental puede haber hecho que Johnson lo acepte como «neutral». Todavía están en el aire las palabras que el general De Gaulle pronunció en Phnom Penh, a unos kilómetros de los puntos de combate, considerando a los americanos como agresores... En estos momentos, sin embargo, la actitud oficial francesa es de la más alta corrección neutral. No puede decirse lo mismo de la opinión pública. La opinión pública es —y lo demuestra visiblemente— partidaria pura y simplemente de un abandono del Vietnam por los americanos, que sea un eco de lo que fue su propio abandono de Indochina.